

MEMORIAL
— *de los* —
LIBROS
NAUFRAGADOS

*Hernando Colón
y la búsqueda
de una biblioteca
universal*

EDWARD WILSON-LEE

Ariel

Edward Wilson-Lee

Memorial
de los libros naufragados

Hernando Colón y la búsqueda
de una biblioteca universal

Traducción de María Dolores Ábalos

Ariel

Título original:
The Catalogue of Shipwrecked Books

Primera edición: septiembre de 2019

© 2018, Edward Wilson-Lee
© 2019, María Dolores Ábalos, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3117-1
Depósito legal: B. 14.425-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Mapas</i>	10
<i>Prólogo: Sevilla, 12 de julio de 1539</i>	15

PARTE I EL APRENDIZ DE BRUJO

1. El regreso del océano	27
2. En la Cámara de limpia sangre	47
3. El <i>Libro de las profecías</i>	75
4. Ritos de iniciación	95
5. Conociendo la noche	121

PARTE II EL LENGUAJE DE LAS IMÁGENES

6. Barcos, lacre y alpargatas	139
7. La Ciudad Universal	163
8. La arquitectura del orden	185
9. Un imperio de diccionarios	207

PARTE III UN ATLAS DEL MUNDO

10. El diablo está en los detalles	231
11. Como en casa, en ninguna parte	257
12. Resumiendo	277
13. Una biblioteca sin barreras	295

PARTE IV
PONIENDO LAS COSAS EN ORDEN

14. Otra Europa... y la misma	317
15. El rey de ninguna parte	335
16. Últimas disposiciones	351
17. Epílogo: Ideas sobre la estantería	367
<i>Agradecimientos</i>	375
<i>Una nota sobre la Historia del almirante don Cristóbal Colón</i> . .	379
<i>Notas</i>	383
<i>Créditos de las imágenes.</i>	415
<i>Índice alfabético</i>	419

El regreso del océano

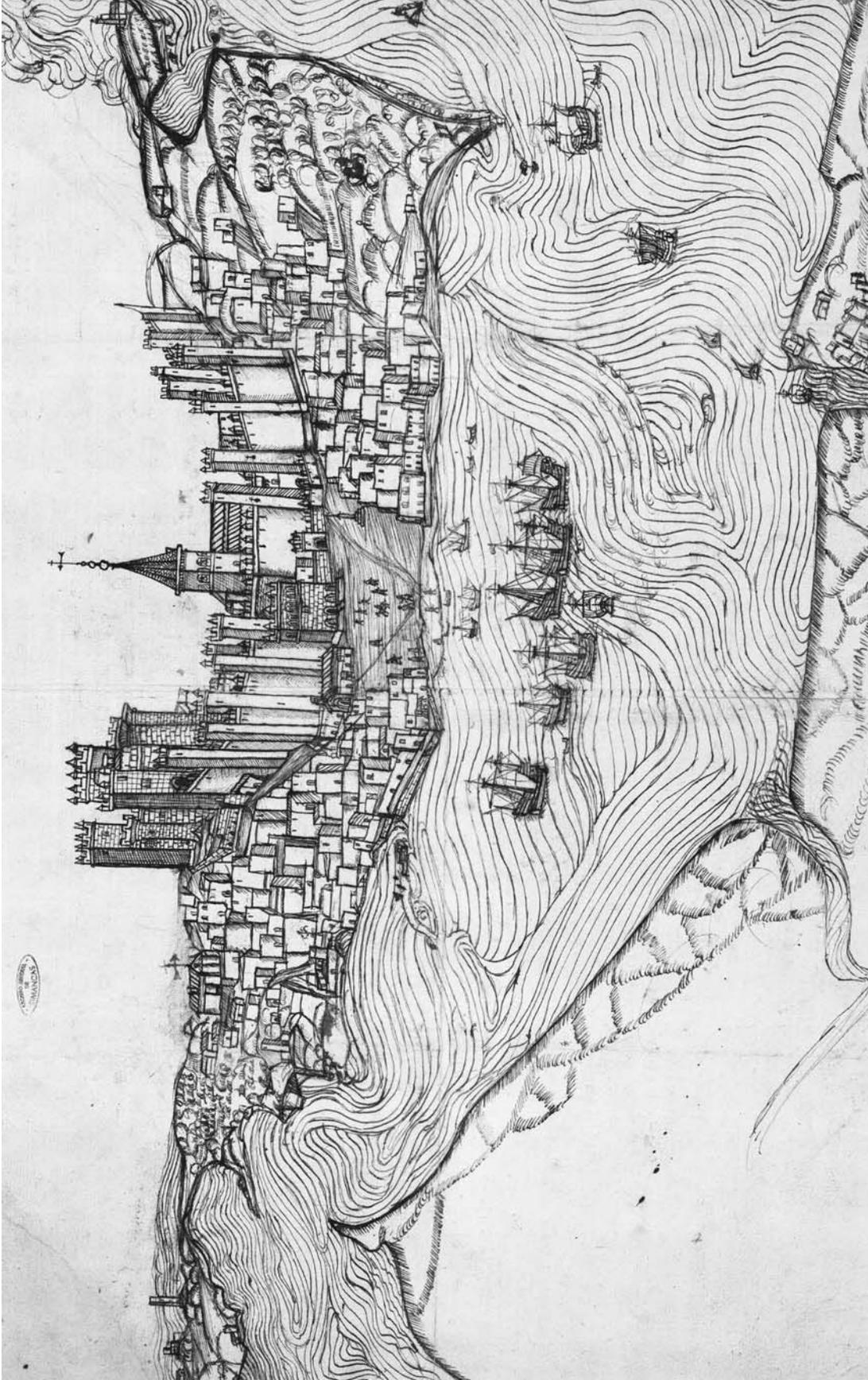
El primer recuerdo registrado de Hernando Colón es de una precisión muy característica en él: una hora antes de la salida del sol, el miércoles día 25 de septiembre de 1493. Estaba al lado de su hermanastro mayor, Diego, contemplando el puerto de Cádiz. Frente a él, en el agua, una constelación de faroles lanzaba incesantemente destellos desde las cubiertas de diecisiete barcos a punto de levar anclas, preparándose para regresar hacia el oeste, donde el padre de los muchachos había tocado tierra por primera vez hacía menos de un año. Ahora Cristóbal Colón era el almirante de la Mar Océana y tenía la suficiente fama como para que los cronistas anotaran cualquier detalle del escenario que se desplegaba ante Hernando, que por aquel entonces contaba cinco años. La flota estaba formada por una serie de embarcaciones más ligeras procedentes de Cantabria, en el norte de España, buques hechos a base de carpintería de madera para evitar que fueran sobrecargados con clavos de hierro, así como las más lentas pero más resistentes carabelas. A bordo iban mil trescientos hombres, incluidos artesanos de todo tipo y jornaleros dispuestos a recoger las milagrosas e ininterrumpidas cosechas de las que había hablado Colón, pero también caballeros ilustrados que iban más en busca de aventuras que de trabajo.¹

Un viento favorable había empezado a refrescar el aire, y cuando el amanecer se abrió paso a través de la ciudad, los puntos de luz de los faroles fueron quedando paulatinamente unidos por los camarotes, los mástiles y las jarcias a los que habían sido fijados. La escena y el estado de ánimo tenían algo de

triumfal: de los costados de los barcos colgaban tapices, y amarradas a los cables trenzados ondeaban las banderolas, mientras las popas iban engalanadas con las enseñas reales de los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los grandes soberanos cuyo matrimonio había unido una España fragmentada. La estridente fanfarria de oboes, gaitas, trompetas y clarines sonaba tan fuerte que, según un observador, hasta las sirenas y los espíritus de las aguas quedaron conmocionados, y el fondo marino retumbaba con los cañonazos. Junto a la bocana del puerto, un convoy veneciano que regresaba a Gran Bretaña de una misión comercial aumentó el ruido con sus propias salvas de pólvora, preparándose para seguir a Colón parte del trayecto con la esperanza de aprender algo de su ruta.

No está claro si Hernando, en una etapa posterior de su vida, pudo remontarse más allá de este primer recuerdo registrado hasta las circunstancias bien diferentes en las que su padre, ese mismo año pero con anterioridad, había regresado de su primer viaje a través del Atlántico. Colón había vuelto a Europa con tan sólo una de las tres carabelas con las que había zarpado de España el 3 de agosto de 1492: su buque insignia *Santa María* había encallado cerca de La Española en la víspera de Navidad, y en el viaje de vuelta había perdido de vista a la *Pinta* durante una tormenta que se desencadenó cerca de las Azores. Treinta y nueve miembros de la tripulación de Colón, que en origen constaba de unos noventa, se habían quedado al otro lado del océano, en la colonia recién fundada de La Navidad, en la isla de La Española, una ciudad construida a partir de la madera que había quedado del naufragio de la *Santa María*, con la ayuda del cacique local, Guacanagarí, y que recibió ese nombre por el día de Navidad en que fue fundada. La escuálida tripulación de Colón para el viaje de vuelta había quedado reducida a tan sólo tres hombres, cuando los restantes fueron hechos prisioneros por los hostiles isleños de las Azores, aunque al final se logró su liberación. Y cuando el gran descubridor llegó por fin a Europa en el único barco que le quedaba, la *Niña*, llevaba los mástiles desnudos después de que otra fuerte tormenta

Un dibujo de la ciudad de Cádiz, 1509.



hubiera arrancado las velas. Para colmo, no había llegado a España, sino a Portugal, poco menos que arrastrando su navío hasta pasar la Roca de Sintra para refugiarse en el castillo de Almada, en el estuario de Lisboa, donde fue tratado con recelo antes de que al final recibiera una citación para presentar un informe al rey João. Aunque informes posteriores se centran en las multitudes que abarrotaban el puerto en sus lanchas, deseosas de ver a los indígenas de las islas traídos a casa por Colón como parte de su botín, lo cierto es que la audiencia real de Colón fue a todos los efectos un encarcelamiento, y su liberación estuvo en parte provocada por las dudas de João sobre lo que reclamaba el descubridor. Los informes escritos por Hernando sobre estos primeros sucesos recogen las dificultades, pero omiten el desconcierto de este primer regreso, y tampoco hablan del hombre desesperado y sus estrambóticas reclamaciones.²

La primera etapa de la vida de Hernando fue insólita —tal vez inaudita—, ya que desde una edad muy temprana los recuerdos personales que tenía de su padre no se compadecían con los relatos escritos sobre las proezas de Colón, que alcanzaron una amplia difusión. Hernando debió de estar presente en la catedral de Córdoba, en marzo, cuando se leyó en voz alta una carta que proclamaba los descubrimientos de su padre; por otra parte, él conservaba en su biblioteca, como reliquias de gran valor, varias ediciones de la carta, imprimida primero en Barcelona, a través de la cual se anunciaban los descubrimientos al mundo. La posterior colección de Hernando tenía por finalidad que el centro de su biblioteca universal lo ocupara precisamente este tipo de copias baratas cuyos primeros vagidos podían percibirse en esos informes sobre el viaje de Colón. La carta, que se convertiría en material de lectura en toda Europa, fue escrita por Colón cuando desembarcó en Portugal, y las multitudes de judíos que embarcaban en el puerto de Lisboa rumbo a Fez, en el norte de África, debieron de servirle para recordar que su travesía por el océano tendría que competir por atraer la atención del público. El agitado curso de los acontecimientos recientes había alcanzado su máxima intensidad en los primeros meses de 1492, cuando, con la toma de Granada, Isabel y Fernando completaron finalmente la Reconquista, arrebatando la Penín-

sula Española a los musulmanes, que la habían gobernado (casi por entero) durante siete siglos, una cruzada que fue considerada como la legítima restauración del gobierno cristiano. En un intento por transformar la pequeña victoria simbólica de Granada en un punto de inflexión dentro del ancestral choque entre las confesiones abrahámicas, los Reyes Católicos celebraron su triunfo militar presentando un ultimátum a los judíos residentes en sus dominios: o la conversión forzosa o el exilio. Esto fue tan sólo un recrudescimiento de la tradicional historia española de persecución de quienes practicaban el judaísmo, pero resultó ser decisivo. Pese a que la comunidad judía llevaba establecida en Iberia incluso más tiempo que los musulmanes y había contribuido esencialmente al florecimiento de la cultura y de la sociedad dentro de la España árabe, muchos de ellos no pudieron soportar el precio de abandonar sus casas, que incluía aceptar que su sagrado Talmud era un mero fraude concebido para frenar el progresivo avance de la fe cristiana. Quienes optaron por quedarse también afrontaban la perspectiva de que les fueran confiscadas sus propiedades por los seguidores de Tomás de Torquemada, líder de la Inquisición, fundada en 1478, el cual utilizaría esta fortuna para financiar una Edad de Oro del arte y los descubrimientos españoles. Una gran multitud se preparó para marcharse, entre ellos, muchos de los intelectuales más importantes de la España del siglo xv. Forzados, como registra un cronista, a vender sus casas a cambio de un burro y sus viñedos a cambio de un trozo de pan, sacaron el máximo provecho de esa calamidad al considerarla como un nuevo Éxodo, en el que Jehová, Señor de los Ejércitos, los conduciría triunfalmente hacia la Tierra Prometida. Observar la patética escena no le impidió al mismo cronista acusarlos de llevarse consigo gran parte del oro del reino. Los rabinos intentaron aliviar cualquier sentimiento de desesperación haciendo que las mujeres y los niños cantaran al son de los panderos mientras abandonaban sus casas. Aunque a los judíos les dieron provisionalmente asilo en Portugal, allí su refugio seguro sólo duró lo mismo que el primer viaje de Colón, y cuando sus caminos se cruzaron en Lisboa, los judíos ya estaban desplazándose de nuevo, embarcando en navíos con destino al norte de África.³

Incluso en su estado de agotamiento por el viaje, Colón se dio prisa por encontrar un modo en que su propia expedición desempeñara un papel en la narración de este gran hecho histórico. Al fin y al cabo, su viaje al oeste había recibido la autorización real desde el campamento de Santa Fe, extramuros de Granada, donde Isabel y Fernando estaban celebrando la reciente capitulación del último monarca musulmán de la ciudad, Boabdil, y desde donde más tarde publicarían también el edicto de expulsión de los judíos. La carta que Colón envió con antelación a Barcelona desde Portugal ensalzaba la maravillosa fertilidad de las islas que había encontrado, en perpetua floración, y la natural ingenuidad de los nativos, que estaban dispuestos a desprenderse del abundante oro de la región a cambio de unas pocas menudencias por parte de los visitantes, a quienes contemplaban como caídos del cielo. Si los judíos tenían un nuevo Éxodo, Colón ofreció a los cristianos un nuevo Edén. La carta anunciaba que, aunque los indígenas no sabían nada de Castilla ni de Jesucristo, se habían mostrado milagrosamente dispuestos a servir a ambos. Como muestra de su participación en un imperio español expandido, Colón había rebautizado estas islas al tomar posesión de ellas, de modo que ahora reflejaban la jerarquía del poder español, desde Cristo Salvador, pasando por los reyes, hasta los infantes reales:

San Salvador
Santa María de la Concepción
Fernandina
Isabela
Juana
La Española

En el párrafo final, la carta deja claro lo que había quedado implícito en las páginas anteriores: a saber, que estas islas que Colón había encontrado debían añadirse a la lista de las famosas victorias obtenidas por los Reyes Católicos, una victoria que —como la conquista de los reinos moriscos y la expulsión de los judíos— expandiría el dominio de la Iglesia y llenaría las arcas de España. Esta carta, pronto imprimida de nuevo en latín

en Roma y Basilea, y acompañada de un dibujo que muestra a un hombre guiando un buque hacia un archipiélago fértil e inmenso, era una de las principales reliquias de la infancia de Hernando, barata al tiempo que de un valor inestimable, endeble e impeccedera, manufacturada e íntima, ampliamente distribuida y completamente personal.⁴

Reescribir los topónimos nativos con nombres españoles fue sólo uno de los artificios verbales con los que se transformó el Nuevo Mundo, artificios que incluían discursos ensayados a través de los cuales Colón y otros «tomaron [legalmente] posesión» de las islas, pese a que tales discursos no significaban nada para los indígenas que los escuchaban. Los nombres anteriores empezaron a perder autoridad, y a menudo desaparecieron por completo, conforme el poder español iba pareciendo natural en un lugar con tantos nombres españoles. Pese a las trascendentales consecuencias de sus acciones, Colón y su tripulación a menudo parecían poco conscientes del poder de este acto de denominación. Como más adelante registraría Hernando, la última isla a la que le pusieron nombre, La Española, fue llamada así porque en ella capturaron el mismo pescado que había en España (mújol, róbalo, salmón, sábalo, gallo, raya, corvina, sardinas y cangrejos de río). El poder de los nombres de Colón para cambiar el mundo no guardaba a menudo consonancia con la manera fortuita con que los elegía: para conmemorar un acontecimiento especial o la impresión que le había causado un paisaje o, como en este caso, porque le traía recuerdos de algún sitio en el que había estado antes. Una de las experiencias más decisivas para el descubridor Colón, y para los europeos que escuchaban sus proezas, fue el sentimiento de haber encontrado algo familiar en un lugar inesperado, y en torno a esas cosas familiares empezó a formarse la imaginación europea sobre el Nuevo Mundo.

Sin embargo, la carta que llegó a ser impresa y que más tarde sería hallada en las estanterías de la biblioteca de su hijo no era la primera carta que había escrito Colón; al cabo de un tiempo, Hernando registraría una carta original perdida que había sido escrita durante la tormenta de las Azores pocas semanas antes del regreso a Europa. Con pocas esperanzas de poder llegar



Ilustración extraída de *De Insulis nuper in mari Indico repertis*.

algún día a España para hacer el informe personalmente, Colón lamentaba en esa carta tener que dejar a sus dos hijos desamparados en un país extranjero, lejos de sus ancestros (los cuales, como España pronto aprendería a olvidar, eran genoveses). Había sumergido un ejemplar de esta primera carta en cera, la había encerrado herméticamente dentro de un barril y había tirado éste por la borda con una nota para quien lo encontrara, en la que decía que podían cambiar el contenido del barril por una recompensa de mil ducados en la corte española. Es el primero de los documentos clave para la vida de Hernando, un documento que probablemente se halle en el fondo del mar.

La carta que Colón escribió desde Lisboa no sólo marcó el inicio de su fama, sino que además lo salvó del destino de los segundones. Al llegar al puerto español de Palos el 15 de marzo, se enteró de que en realidad la *Pinta* no se había hundido en la tormenta de las Azores y de que su capitán, Martín Alonso Pinzón, se había adelantado y se dirigía a Barcelona para dar la noticia del descubrimiento y de la conquista a Isabel y Fernando. Significativamente, la suerte de Colón se prolongó unos días más, y Pinzón murió antes de conseguir audiencia con los monarcas. El descubridor llegó a Barcelona a mediados de abril, llevando consigo informes presenciales y regalos de las tierras (en palabras de un informe de la época) «donde el sol se pone en el mes de marzo»: piñas, algodón, loros, canela, canoas, pimientos cuatro veces más picantes de los que se comían en España, un grupo de indígenas y (lo más importante) una pequeña cantidad de oro. El efecto que pretendía causar con esta serie de regalos —el alegato que hace sin aparentarlo— es sencillo: en una tierra de prodigios tan variados e inusitados, ¿quién puede dudar de la veracidad de cualquier cosa? En este sentido, los obsequios de Colón eran como la gran colección medieval de Jean, duque de Berry, que entre sus tres mil objetos contenía el cuerno de un unicornio, el anillo de compromiso de san José, un elefante disecado, un huevo hallado dentro de otro huevo y otras maravillas parecidas. La fuerza de este argumento o alegato, de estas inconcebibles novedades, parece que fue suficiente para que se difundiera y aceptara por todo el mundo lo que decía Colón: que en esas regiones el oro

era prodigiosamente abundante, pese a que él por el momento sólo contara con una pequeña muestra. Colón se arrodilló ante Isabel y Fernando, que rápidamente le mandaron ponerse de pie y le reconocieron como almirante de la Mar Océana; a continuación, le confirmaron las recompensas que le habían sido prometidas en Santa Fe en enero de 1492: que en caso de que su viaje se viera coronado por el éxito, le conferirían unos derechos extraordinarios sobre las tierras que reclamaba en nombre de los monarcas.⁵

Luego, haciendo gala de su nuevo estatus, Colón recorrió triunfalmente Barcelona a caballo, flanqueando a Fernando y a su heredero, el infante Juan. Si, como es probable, Colón cabalgó a la izquierda de Fernando, vería la cicatriz aún reciente que tenía el rey desde la oreja hasta el hombro, testimonio de un intento de asesinato que había sufrido pocos meses antes. La gran diversidad de grupos sospechosos de estar detrás de este ataque —los franceses, los catalanes, los navarros, los castellanos— era un recordatorio del frágil estado de la unión española conseguida por Isabel y Fernando, que se enfrentaban a la oposición tanto en la Península Ibérica como fuera de ella. Isabel no sólo había arrebatado su reino a los árabes, sino también, con anterioridad, a su hermanastro Enrique IV y a sus seguidores, que luego formaron con Fernando una alianza inverosímil pero efectiva para someter a sus fracturados e inestables reinos; pero la amenaza de una reaparición de la guerra civil siempre estuvo presente. Que la culpa del intento de asesinato se atribuyera finalmente a un loco, un tal Juan de Cañamares, que aseguraba que el demonio lo había incitado a matar al rey, sirvió oportunamente, como el regreso victorioso de Colón, para desviar la atención de los conflictos locales y para reinterpretar los asuntos peninsulares como una batalla entre las fuerzas divinas del Bien y del Mal.

De momento, Hernando seguramente estaba amparado por su juventud ante el hecho de que no todos compartían este relato triunfal del regreso de su padre. Por aquel entonces corrían rumores de que su escala en Portugal formaba parte del plan de Colón para llegar a un acuerdo con esa nación de grandes exploradores, con el fin de obtener mayores privilegios sobre

las islas que había visitado. Pedro Mártir de Anglería, un hombre de letras italiano que había venido a España a combatir a los árabes y se había quedado para unirse a la ilustre corte de Isabel y Fernando, escribió desde Barcelona en mayo y sólo mencionó de soslayo «a un tal Cristóforo Colombo, procedente de la Liguria», que acababa de volver de las antípodas occidentales y había descubierto cosas maravillosas, pero acto seguido continuó abordando asuntos más urgentes relativos a la política europea. Es comprensible, tal vez, que Pedro Mártir recordara que Colón era paisano suyo, pero la cuestión de los orígenes de Colón y sus hijos enturbió bastante las aguas de esta proeza española. Asimismo, el cronista Bernáldez, que más tarde llegaría a conocer íntimamente a Colón, primero habla del descubridor como de un hombre procedente del territorio de Milán, *un vendedor de libros impresos* que comerciaba en Andalucía y, especialmente, en la ciudad de Sevilla, un hombre de gran ingenio pero sin demasiada instrucción, que conocía bien el arte de la cosmografía y la cartografía. Más tarde, Hernando defendería enérgicamente a su padre de esta acusación de estar implicado en una ocupación tan *mecánica* y servil como la de vender libros. La heroica narración de los descubrimientos del Nuevo Mundo tuvo que competir, desde sus inicios, contra los efectos erosivos de los rumores, que atribuían al descubridor un origen que parecía poco apropiado.⁶

En la biblioteca de Hernando, los libros escritos por su padre estaban clasificados bajo la entrada de «Cristophori Colón», un nombre más español que el latinizado «Columbus», como lo llamaba el resto de Europa, o que su nombre de pila italiano, *Colombo*. Además de cambiar de nombre, Colón parece haber corrido un tupido velo sobre sus primeros años de vida, dejando que los biógrafos modernos desenterraran sus modestos orígenes en una familia de tejedores, cuya tradicional artesanía y región natal de Génova abandonó en algún momento anterior a sus veinte años, y ahora existen pruebas irrefutables de que Colón se inició en empresas mercantiles y, en particular, trabajó en el incipiente comercio del azúcar para la familia Centurione de su Génova natal. También es perfectamente posible que los libros formaran parte de sus actividades, una

especialización para la que su hijo heredó una familiaridad instintiva. Sin embargo, aun después de siglos de investigación, las pruebas de sus actividades son fragmentarias antes de su llegada a Lisboa a finales de la década de 1470, cuando tenía unos treinta años. Sus primeros años eran como un espacio en blanco excepto cuando, ocasionalmente y en una etapa más avanzada de su vida, tuvo necesidad de que no lo fueran.⁷

Con la llegada de Colón a Lisboa empezamos a saber algo de su vida, y los documentos de este período comienzan a incorporarse a la biblioteca. Entre éstos posiblemente figuraran los papeles y los mapas que Colón heredó —según lo cuenta Hernando— del padre de su esposa portuguesa, un matrimonio que no sólo le dio un heredero, Diego, el hermano de Hernando, sino también una conexión con una dinastía marítima portuguesa: el padre de doña Filipa Moniz Perestrelo había sido uno de los que habían reclamado y colonizado el archipiélago de Madeira a mediados del siglo xv. Asimismo en la biblioteca, copiada en uno de los libros que Colón dejó a su hijo, había una carta del geógrafo italiano Paolo dal Pozzo Toscanelli que tal vez influyera en el modo de pensar de Colón en esta época. La carta de Toscanelli dirigida a un sacerdote portugués resumía su hipótesis del «estrecho Atlántico», según la cual la distancia entre Lisboa y Catay equivalía aproximadamente a un tercio del orbe: 130 grados, 25 «espacios» o 6.500 millas. Aunque la posterior afirmación de que Colón, todavía sin fama alguna, mantenía contacto directo con Toscanelli es probablemente falsa, está claro que se vio influido por las teorías del geógrafo, así como por la succulenta descripción italiana de «Zaiton» (la moderna Quanzhou), un gran puerto al que todos los años llegaban cien barcos cargados de pimienta, y que era sólo una de las innumerables ciudades que el Gran Kan gobernaba desde Catay. En su descripción de Catay y las regiones de «Antillia» y «Cipangu», que a su parecer merecían una escala en el camino, Toscanelli estaba muy en deuda con los viajeros del siglo xiii Marco Polo, Rubruquis y Giovanni da Pian del Carpine, así como con el uso de la palabra mongol Catay (Kitai) referida a China, un nombre que no se había usado en la propia China durante varios siglos.⁸

Uno de los grandes logros de los Colón —iniciado por Cristóbal, pero llevado a la perfección por Hernando— fue convertir la serie de acontecimientos posteriores en un relato cuyo protagonista era el destino personal. Si los historiadores de hoy se centran en las grandes fuerzas históricas que impulsaron la expansión europea por el Atlántico, y en las coincidencias que proporcionaron al viaje de 1492 su forma específica, la leyenda colombina lo vio como una ocasión en la que la historia centró su mirada en el explorador y guió su mano en todo momento. Esto hacía honor a la verdad, en especial cuando esa leyenda enumeraba la serie de intentos fallidos para obtener el patronazgo que precedieron al éxito final de Colón. Hernando reconocería que los portugueses se mostraban cautelosos a la hora de seguir invirtiendo en la exploración del Atlántico porque hasta entonces les había salido muy cara y nada rentable (en Guinea, las Azores, Madeira y Cabo Verde), pero para Hernando la negativa de los portugueses a apoyar a Colón —la primera vez que éste se dirigió a ellos en busca de financiación— fue una de esas situaciones en las que Dios endureció el corazón de alguien a quien Él no había asignado la victoria. Asimismo, Hernando reconoció abiertamente que Colón había enviado a su hermano Bartolomé en busca de ayuda inglesa para el viaje, registrando incluso en su biblioteca un mapa que fue presentado a Enrique VII y los versos escritos en él; pero aun vio más pruebas de la manifiesta intervención divina en el hecho de que Bartolomé llegara demasiado tarde con la oferta de apoyo de Enrique, dejando así que fuera España la que cosechara los frutos. Y aunque más tarde se afirmaría que muchos españoles relevantes apoyaron el proyecto de Colón mucho antes de su triunfo, Hernando describiría también el tiempo que su padre pasó en España como una época en que la obstinación de los doctos y poderosos hizo que la reivindicación recayera casi exclusivamente en su padre. La imagen de Colón como un visionario del que se mofaron y al que ridiculizaron, pero que «como río el último, río mejor», fue modelada en gran parte por su hijo.⁹

Los versos del mapa presentado a Enrique VII, que Hernando recuperó de la biblioteca y copió en su biografía, ofrecen una versión abreviada del argumento tripartito que los herma-

nos Colón presentaron a quienes veían con escepticismo la travesía de Cristóbal hacia el oeste, hacia Catay y las Indias:

Tú que deseas conocer los límites de la Tierra
puedes leerlos en este dibujo.
Ya lo sabían Estrabón, Tolomeo, Plinio y san Isidoro,
pese a que no siempre se mostraban de acuerdo;
aunque aquí las tierras también son desconocidas desde muy
antiguo.
Sin embargo, ahora han sido halladas por barcos españoles
y están en el pensamiento de todos los hombres.

(por Bartolomé Colón, en Londres, el 13 de febrero de 1488)

Más tarde, Hernando codificaría este argumento en tres partes; a saber, *la naturaleza de las cosas, los dichos de los escritores antiguos y modernos e informes de marineros*. Esta triple argumentación es un razonamiento de sentido común, pues reconcilia la posibilidad de rodear un mundo redondo con ideas procedentes de escritores clásicos y medievales sobre la posible circunferencia del orbe, con los rumores de prometedores avistamientos durante los viajes por el Atlántico oriental. El detallado estudio de Colón de los geógrafos antiguos, casi siempre a través de compendios medievales como la *Imagen del mundo* de Pierre d'Ailly y la *Historia* de Eneas Silvio Piccolomini, está perfectamente legitimado por las densas anotaciones que dejó en los márgenes de sus ejemplares, que serían heredados por Hernando y harían de su biblioteca un lugar de peregrinaje para quienes intentaban comprender al descubridor. Hernando retrataría a su padre como alguien que atesoraba una gran cantidad de conocimientos sobre la circunferencia de la Tierra, y omitiría por completo la obstinación de Colón en su preferencia por el más pequeño de los cálculos de la circunferencia, el del cosmógrafo árabe Alfargano (al-Farghani): el único cálculo según el cual su viaje tenía más posibilidades de tener éxito. A quienes se oponían a Colón, Hernando sólo les concedió una serie de puntos escogidos para que, retrospectivamente, parecieran completamente insignificantes. Entre éstos figura-

ban afirmaciones tales como que el océano era infinitamente amplio o imposible de ser surcado, y que quienes volvieran navegando desde el oeste vendrían «cuesta arriba»; y que el gran padre de la Iglesia san Agustín fue uno de los primeros que puso en duda la existencia de las inexploradas antípodas, opinión de la que estaban convencidos y cuyo cuestionamiento probablemente fuera una herejía.¹⁰

Las versiones de la historia de Colón que procedían de Hernando —como proceden la mayoría— omiten el creciente apoyo recibido por Colón en la corte española y, en cambio, se centran en un clímax dramático en el que el descubridor se vio en la necesidad de presionar a un mundo reticente. Ninguno de los grupos de eruditos a los que Colón presentó sus argumentos (en 1487 y 1491) llegó a una conclusión favorable a los planes de Colón y, comprensiblemente, Isabel y Fernando —habida cuenta de los gastos producidos por la guerra contra los árabes y de las condiciones exigidas por Colón— se mostraron reacios a invertir en una aventura cuya promesa se basaba en la palabra de un extranjero sin experiencia, aunque indudablemente carismático. Desdeñando mendigar el destino de su padre a los ciegos, Hernando lo retrataría como alguien que abandonó la corte española para buscar otros medios que hicieran avanzar sus planes. Sólo la intercesión en el último momento del confesor de la reina, fray Juan Pérez, le deparó a Colón una audiencia favorable, y el ofrecimiento del secretario de Hacienda, Luis de Santángel, de hacerse él mismo cargo de los gastos parece haber persuadido a los monarcas para llegar a un acuerdo con Colón. Posteriores informes de estos acontecimientos realzarían la tensión dramática con anécdotas como que cuando Colón ya estaba saliendo de la ciudad a lomos de su caballo, fue llamado para que regresara, y que la reina le ofreció empeñar sus propias joyas para pagar la expedición.

El relato de los sucesos de 1491 y principios de 1492 fue pulido con posterioridad, hasta alcanzar una perfección épica, por quienes querían representar un panorama del destino español y por la visión de Colón, promovida por el propio descubridor y su círculo. La leyenda oculta muchos de los contextos prosaicos y prácticos que pudieran empañar esta versión

mesiánica de los hechos. Entre ellos figuraban la necesidad de los reyes de nuevas fuentes de oro, ahora que los árabes de España no seguirían pagando tributos sobre las rutas comerciales del norte de África; la presión para que Europa se expandiera (especialmente desde las naciones mercantiles, incluidos los venecianos y los genoveses) hacia el oeste, dado que los turcos otomanos empezaban a ocupar las regiones del Mediterráneo oriental que, en otro tiempo, habían suministrado muchos de sus productos; y, por último, la comparación del viaje de Colón con muchas expediciones del siglo xv que habían ampliado la órbita europea hacia el sur, hacia la costa de África, y en dirección oeste, hacia las islas del Atlántico.

Otro efecto que tuvo narrar la historia de Colón de un modo restrictivo para centrarse en el Destino de un Solo Hombre, fue ocultar su vida familiar eliminando las circunstancias personales de sus acciones y procurando, en cambio, que quienes lo rodeaban se ajustaran a los patrones de su mitificación. Que Colón abandonara precipitadamente Portugal tras el fracaso de su intento de conseguir el apoyo del rey João, se atribuyó a su inquebrantable obsesión por su destino, pero también pudo deberse a la muerte de doña Filipa, que le había dado un hijo, el hermano mayor de Hernando, pero cuyo prematuro fallecimiento rompió abruptamente sus lazos con Portugal. Fueron los familiares de ella los que determinaron a qué lugar de España iría, proporcionándole vínculos cuando llegó allí, especialmente en Palos, que sería el punto de partida de su primera expedición. La leyenda también pasa por alto el cambio de nombre de Colón en dicho lugar, donde abandonó el nombre italiano *Colombo* para adoptar el español *Colón*, por el que se lo conocería durante el resto de su vida, aunque más tarde Hernando argumentaría que todos estos nombres eran simbólicamente apropiados para Colón: *Colombo*, «la paloma», que como la paloma mensajera de Noé se interna en el Diluvio y trae de vuelta una muestra evidente de que hay tierra, una hoja de laurel, que simboliza la alianza entre Dios y Su nación; y *Colón*, que en griego hacía de Colón un «miembro» de Cristo, un brazo que obedece sus órdenes, e insinuaba que convertiría a los indígenas en *coloni*, «miembros de la Iglesia»...

pese a que paradójicamente ésta sea también la raíz de la palabra *colonizar*. Y la imagen del visionario solitario que persigue su destino haciendo frente a la ciega oposición de la corte española no es del todo fidedigna, porque durante sus años de cabildeo en Córdoba también tuvo unos devaneos amorosos con la joven huérfana Beatriz Enríquez de Arana. Los padres de Beatriz habían sido de extracción humilde —de hecho procedían de la misma clase social de tejedores de la que provenía el propio Colón—, pero Colón seguramente la conoció a través del círculo de doctores cordobeses que rodeaba a su tío y tutor, Rodrigo Enríquez de Arana. Aunque Hernando, fruto de esta aventura, no fue desleal a sus parientes los Arana y tuvo en cuenta el papel tan significativo que muchos de ellos desempeñaron después en los viajes de Colón, no se detuvo a contar la vida de su padre hasta el punto de escribir el nombre de su madre, y guardó silencio sobre su propio nacimiento el 15 de agosto de 1488, preservando así la fluidez narrativa de la historia del descubridor. En el primer borrador de la carta que lanzó por la borda en plena tormenta, Colón no mencionaba que, durante el viaje, Diego y Hernando habían quedado bajo el cuidado y la tutela de Beatriz en Córdoba, y su triunfante regreso sobre todo significó para Beatriz que se quedó sin la custodia de esos niños. Aunque ésta todavía vivía en 1506, cuando murió Colón, el descubridor apenas la volvió a mencionar en sus cartas. La aflicción con la que se pronunció su nombre en la lectura del testamento de Colón refleja una pauta en la vida de Colón y sus hijos, que se mostraban sensibles pero al mismo tiempo fríamente dispuestos a rechazar a aquellos allegados que perseguían un destino que ellos consideraban suyo, una decisión que tuvo por consecuencia que Beatriz fuera prácticamente borrada de la vida de su propio hijo.¹¹

Es fácil, sin embargo, comprender por qué los acontecimientos del primer viaje llevaron a un hombre, ya de por sí decidido, a semejantes niveles de narcisismo. Colón había navegado hacia el oeste por la Mar Océana, la masa de agua que se creía que rodeaba el territorio de la Tierra, mucho más allá que cualquier otra persona de la que se tuviera constancia, y según su propio informe (y no hay otro), había hecho frente a

la tripulación amotinada sin la ayuda de nadie. Y lo hizo recurriendo a una combinación de interpretaciones amenazantes y alentadoras de unas señales que, más tarde, Hernando registraría con todo detalle:

Un mástil a la deriva, el extraño comportamiento de la aguja de la brújula, una llama prodigiosa cayendo del cielo, una garza, unas malas hierbas verdosas, una bandada de pájaros volando hacia el oeste, un pelícano, aves pequeñas, un junco de rabo, una ballena, gaviotas, aves canoras, cangrejos, cierto frescor en el aire, peces de arrecife, patos, una luz a lo lejos...

Una persona menos decidida habría considerado esto como un batiburrillo de nimiedades, más que como señales de la proximidad de tierra. Colón también practicaba el engaño descarado, pues daba a sus marineros una cifra considerablemente más baja que su verdadero cálculo de la distancia recorrida, con el fin de reducir el miedo atroz que sentían al verse cada vez más lejos del mundo que conocían. Como recompensa a la firmeza de sus convicciones, encontró tierra precisamente donde él había previsto que la hubiera, a 750 leguas al oeste de las islas Canarias, exactamente a la distancia con el Asia oriental estimada por su cálculo del número de grados, para el que utilizó la cifra de al-Farghani de 56 millas por grado. (En aquel momento, nadie era consciente de que al-Farghani utilizaba una milla árabe bastante más larga que la europea, de modo que su cifra no quedó en modo alguno confirmada por el viaje.) En opinión de Colón y otros muchos, él fue el primer hombre que había navegado hacia el oeste para llegar al otro lado del mundo conocido, alcanzando la isla de Cipangu (Japón), cuyo nombre local era «Cuba». Por primera vez en la historia, alguien había traspasado los límites del océano y había cerrado el círculo del orbe que estaba al alcance del conocimiento humano. Es más, al llegar allí se había encontrado con unas personas a las que —pese a su incapacidad para hablar con ellas, o precisamente por ella— logró ajustar a la noción europea de inocencia prelapsaria, una gente que no conocía el pudor de la desnudez ni el uso del hierro ni tenía

una palabra para el oro, y que (por consiguiente) vivía en una especie de Edén, tal como lo confirmaba la ininterrumpida fertilidad de esas tierras sin cultivar. Dadas las creencias profundamente arraigadas de la época, la única conclusión posible era que Colón había desencadenado no sólo una expansión geográfica y política, sino algo providencial en la historia del mundo: el inicio de la vuelta del hombre al Paraíso y el fin de la historia secular.

Pero si, en ciertos aspectos, el primer viaje de Colón podía encajar perfectamente en una narrativa de la Providencia cristiana, en otros, era más difícil que cuadrara con la mentalidad existente. Si el viaje confirmaba las afirmaciones de Tolomeo y Marco Polo, también demostraba que en otros aspectos eran claramente erróneas, pues refutaban la idea de un mundo nítidamente delimitado por una Mar Océana imposible de cruzar, y hacían difícil argumentar que san Agustín tenía motivos para dudar. Las observaciones de estos viajes y los que los siguieron fueron haciéndose cada vez más incompatibles con los escritos de Plinio, Aristóteles, Platón y otros. Si se habían equivocado en esto —la mera forma del mundo—, ¿en qué otras cosas podían haberse equivocado los clásicos de la Antigüedad? Tampoco los indígenas respondían por completo a las expectativas: pese a su naturaleza edénica, no parecían entender ninguna de las lenguas antiguas que hablaban los intérpretes, judíos conversos, que Colón se había llevado consigo. ¿Qué conocimientos podía tener esta gente fuera del ámbito del pensamiento clásico? Además, aunque Colón hablaba con gran entusiasmo sobre la natural devoción de la gente que había conocido y de su disposición a ser evangelizada y convertida al cristianismo, estaba claro que no tenían ni la más mínima noción del evangelio, lo que resultaba más inquietante. ¿Cuál podía ser el plan de un Dios que, durante milenio y medio, había ocultado a esos seres humanos los secretos que les proporcionarían la salvación y la vida eterna?

Los pensadores europeos tardarían décadas en articular estas preguntas —inevitablemente provocadas por los descubrimientos de Colón— y siglos en responderlas de una manera satisfactoria. Entretanto, Colón y sus mecenas se centraron en

cuestiones prácticas más inmediatas y urgentes, solicitando con éxito al recientemente instalado pontífice español, Alejandro VI (Rodrigo Borja, el segundo papa de los Borgia), unas bulas que conferían a España los mismos derechos legales (y deberes espirituales) sobre los territorios «descubiertos» que los obtenidos por Portugal sobre sus nuevas colonias en el África occidental y en las islas del Atlántico. Por otra parte, los Reyes Católicos al parecer emplearon un proceso meticulosamente secreto para copiar los diarios de a bordo, excepcionalmente detallados, del primer viaje de Colón, difundiendo las páginas entre un elevado número de escribanos, de modo que ninguno de ellos pudiera filtrar la información a otras partes interesadas (en particular, a los portugueses). Este proceso duró tanto que a Colón no le devolvieron su ejemplar del diario de a bordo hasta tres semanas antes de que emprendiera el segundo viaje, el 25 de septiembre de 1493, y lo recibió en un paquete que asimismo contenía una carta de Isabel admitiendo que todo lo que él había previsto en cuanto a la localización de las Indias había resultado ser cierto, e instándole a que completara su mapa de esas tierras occidentales, de modo que se pudieran zanjar de una vez por todas los litigios territoriales pendientes con los portugueses.¹²

Cuando Hernando se hallaba en el muelle de Cádiz —su primer recuerdo registrado—, estaba contemplando a un hombre que había renovado el mundo, un hombre que se disponía a asegurar triunfalmente las victoriosas conquistas que parecían estar a su alcance. Su padre iba a reencontrarse con el primo de su madre, Diego de Arana, que era uno de los que se habían quedado a cargo de la primera ciudad del Nuevo Mundo español —La Navidad—, a quienes a su vez se uniría su tío Bartolomé Colón, que había oído la noticia del regreso triunfante de su hermano durante su estancia en París, de regreso de Inglaterra para entregar la oferta de Enrique VII. Hernando, por su parte, valiéndose de las ambiciosas maniobras de su padre en los inicios de su influencia, estaba dispuesto a que su hermano Diego formara parte de la casa del heredero natural al trono, el infante Juan, colocándolo justo en el centro del reino que Dios había elegido para transformar el mundo.